

ÓRDAGO A LA GRANDE

De entre los juegos de cartas, el único que me sigue gustando es el mus, porque aún cuando no pilles ni una miserable pareja de pitos te puedes permitir ir de farol. Pero si juegas de mano, tu compañero te pasa la seña de duples y tú llevas grande y juego, entonces, como suele decir José A. Cava, ya es la «rehostia».

Pues, como en el juego, a Mansiegona –la Asociación Cultural de la que esta revista que presentamos es una más de sus actividades– le entran las cartas: su grande, sus pares y su juego somos los socios. Y siguiendo con la metáfora de las cartas, quiero decir en la editorial de este año que no podemos conformarnos con reproducir rutinariamente, sin más ambición, las actividades que un día impulsamos y que ahora, varios años después, están consolidadas: matanza, hoguera de la Candelaria, el Judas con su pino, los Mayos, los trajes de serranos, la ofrenda floral a la Virgen del Rosario, las meriendas compartidas, o aquellas otras muchas cosas que hacemos y por limitaciones del papel no cito. No nos podemos conformar porque, con buenas cartas, de vez en cuando también podemos echar un órdago.

En el número dos de la revista citamos las ruinas del despoblado de Durón con su ermita dedicada a Santa María Magdalena, que perduró hasta el s. XIX, varios siglos después de que la población se bajara a vivir a Masegosa. En Masegosa tenemos una ermita renovada, con una humilde y moderna imagen de la santa pecadora –luego, arrepentida por amor a Jesús– que desde hace algunos años trasladamos en romería cada verano hasta las ruinas de la iglesia original: allí donde nuestros abuelos llamaban «el corral de la ermita». Esta actividad, sugerida por el socio ya desaparecido Joaquín Rihuete, fue criticada por algunos, no sin cierta razón, porque se temieron lo peor: que la Asociación impulsara un acto de contenido exclusivamente religioso, lo que no corresponde a los objetivos culturales que impulsaron su creación. Y si no jugamos mejor las cartas, puede que tengan razón.

A otros nos pareció que era una buena manera de comenzar dando valor a un lugar que había llegado hasta el límite del olvido. Desde ese momento, muchos nos preguntamos: ¿qué hay debajo de ese matorral que cubre sus paredes hundidas? Y si limpiáramos el solar hasta hallar los cimientos ¿aparecería algún resto del culto allí practicado durante tanto tiempo? ¿Y si encontráramos además, como parece lógico, la tumba de alguna importante familia fundadora de la aldea?

Esta parte, la arqueológica, es la que a mí más me interesa y, afortunadamente, la que también interesa a nuestro sacerdote, el joven y activo José Antonio Belinchón, que tanto está haciendo en sus parroquias por la recuperación del arte religioso, y que, además, es casi la única manifestación de artística que podemos exhibir por estos lares. En la última romería el cura echó un órdago a la Asociación: limpiemos y averigüemos qué se esconde debajo de la maleza que cubre el corral de la ermita, vino a decir. Transcurridos los meses, no se ve un excesivo entusiasmo a favor de la propuesta.

Y sin embargo es muy sencillo de hacer y el esfuerzo que requiere es pequeño frente al probable mérito del resultado: reencontramos con la historia de quienes un día fueron nuestros antepasados.

Opino que mientras nos entren las cartas, o sea, mientras dure la ilusión, hay que evitar la rutina de ganar la partida a los meses y a los años «china a china»; de vez en cuando se necesita ir más lejos en la ambición: hay que echar un órdago, aunque sea de farol. La excavación arqueológica de Santa María Magdalena de Durón puede ser uno de ellos, a pesar de que con las cartas vistas nos defraude el resultado.



Joaquín Esteban Cava
Coordinador de la revista